

por el camino ancho y espacioso de la perdición... y pasan así un año... dos años... muchos años.

¿La voz de la conciencia seguirá aún dejándose oír?... De cuando en cuando, tal vez...: o quizás para la voluntad rebelde y entendimiento sin fe se apague totalmente la voz de la propia conciencia, y así no se escuchen ya sus gritos y amorosas invitaciones de antes, ni remuerda, ni acuse; ello es porque está muerta, sucumbiendo al fin en la lucha titánica sostenida contra la pasión y la voluntad.

Van pasando los años de la vida; viene al fin la hora fatal: llegó la muerte... En aquel entonces las referidas almas mueren por lo general como han vivido: empedernidas, impenitentes, *sin conciencia*...

En conclusión: Por no seguir, ni hacer caso la voluntad de los dictados de la conciencia: de fiel pasa a ser *infiel* a los toques internos y avisos de la conciencia; de infiel pasa a ser *pecadora* entregándose en brazos de la pasión; de pecadora por algún tiempo se vuelve atrevida y *responde* la voluntad diciendo «no quiero, no me dá la gana» a la conciencia; de ésto pasa a las *dudas* y vacilaciones en su fe cristiana; de éstas a las *negaciones positivas* de sus creencias primeras... hasta que por fin llega al estado de total *obstinación*, de completo endurecimiento, de odio y *aversión a Dios*, a quien antes amaba, veneraba y obedecía.

J. C. P.

POLICRONAS

(Reyes de Siam)

No lo entiendo, no lo veo, no lo creo. Así discurría un Rey de Siam que negaba constantemente que el agua de nuestros ríos se convirtiese en hielo.

No menos inconsecuentes que los incrédulos de nuestros días los habitantes de la Australia niegan obstinadamente la existencia del Sol; porque envueltos en nieblas eternas no disfrutando más que de algunos crepúsculos, jamás han logrado ver el astro brillante del día. Sin duda es la más estúpida temeridad negar uno que haya hielo, o que exista el sol, porque no ha tenido la dicha de verle, ni tiene talento para comprender su existencia... Pero cuanto mayor es el delirio de los incrédulos, cuando dicen y así discurren: No lo he visto, no lo entiendo: luego es falso (Laberthonier).

...Y qué es lo que tu entiendes hombre miserable si todo cuando eres y todo cuando te rodea es un misterio incomprensible para tí?

¿Entiendes acaso que cosa es ver, oír y hablar? ¿qué es el viento, de donde sale, cómo y porqué deja de correr? ¿Cómo el alimento que tomas se convierte en tu propia sustancia?...

No comprendes ya lo que pasa dentro de tí: un átomo, un grano de polvo ya son para tí misterios impenetrables, y quisieras comprender los misterios de la Religión? (Mach).

¡Cuántos Reyes de Siam hay en nuestros días!... Unos, que son de verdad tontos infelices: otros, sabios de más o de menos en sus respectivos oficios y profesiones, pero poco conocedores de nuestra Religión; los cuales, movidos por espíritu de crítica, novedad o presunción, alegan como pretexto y razón de no creer los altos misterios de la fe porque no los entienden.

Que estudien más a fondo la religión unos y otros; que sean más humildes en su inteligencia y voluntad, y creerán fácil y firmemente, como ha acontecido a todos sin excepción los sabios y grandes hombres que con sinceridad y desapasionamiento han meditado y ahondado en las doctrinas católicas.

A. E.

EL LOBO Y LA ZORRA

(GRIMM)

Llevaba el lobo consigo a la zorra, y lo que quería el lobo debía hacer la zorra, porque era menos fuerte, y gustosa se hubiera deshecho de su señor. Sucedió que ambos iban por el bosque, y en esto, de esta manera habló el lobo:

—Zorra, procúrame de comer o yo me como a tí.

A lo que respondió la zorra:

—Sé una casa de labor, en donde hay un par de corderitos. Si quieres podemos ir por ellos.

Lo aprobó el lobo, y fuéronse allá, y la zorra robó un corderito, lo trajo al lobo, y se marcharon. Comido que se lo hubo el lobo, no estaba éste todavía contento, sino que quiso el otro, y fué por él. Pero como es inhábil, y la madre del corderito preservándolo empezó violentamente a gritar los labradores llegaron corriendo. Encontraron allí al lobo y le dieron una paliza de padre y señor mío, y cojeando y lamentándose fué en busca de la zorra.